

escrito a máquina

Notas de viaje

La Revolución de la Flor



En casi todos mis viajes al Viejo Continente, mi puerta de entrada a Europa ha sido Lisboa. Siempre que he podido me he detenido en ella: un fino y tímido poeta lusitano, ya muerto—Cristovam Pavia— fue hace muchos años mi primer guía por la ondulante y nostálgica ciudad de Camões que esta vez no pude ver. Una revolución agitaba todavía sus aires y la Panamerican nos impuso el suplicio de encerrarnos, como pájaros, en la aburrida jaula del avión mientras estuvimos en el aeropuerto. Pero lo que no pude ver ni compartir (¿quién más que un nicaragüense puede desear compartir la alegría de un pueblo que recupera su libertad?), fue el tema más frecuente de lectura durante todo mi viaje: libros, revistas y periódicos dedicaban su atención preferente a la Revolución de Portugal: la "REVOLUCION DE LA FLOR" la llaman porque el ejército rebelado contra la vieja tiranía usó claveles en el cañón de sus misiles—y ese fue su símbolo— ya que por primera vez en muchos años salía a la calle no a cumplir órdenes de represión contra el pueblo, sino a unirse a él en un abrazo de liberación y fraternidad.

"Sonou a Hora da Liberdade para Portugal e Africa —me escribe desde Mozambique el bravo escritor Montezuma de Carvalho,— esa hora que deseamos ahora ver prolongada para sempre numa auténtica democracia socialista a vivir por esta e as sigientes gerações. Portugal estivera sob un yugo de quasi 50 años de brutal autoritarismo en que só era consentida una única forma de pensar e de agir. Do cadáver de Portugal maltratado pelo feroz fascismo renascera una nação nova e digna".

Toda revolución es original o no es revolución. En el proceso de cambio del mundo la de Portugal ha aportado elementos nuevos no pocos de ellos sorprendentes, pero sobre todo es una revolución que parece haber experimentado y absorbido las lecciones de los otros movimientos revolucionarios que la antecedieron en nuestro tiempo.

Después de tantos años de dictadura que impedía todo ejercicio de la libertad y toda posibilidad de democracia, cuando era de esperarse que el portugués—pueblo latino— estallara en desórdenes y matanzas— la madurez de sus líderes y la admirable apertura del ejército encauzó la revolución por una vía ejemplar de temperancia y de orden. Fresca la lección de Chile, los portugueses han sido inesperadamente amplios y dúctiles en los términos de su coalición de fuerzas (ningún sector de la liberación, desde el centro hasta la izquierda, ha sido exclusivista) y ha sorprendido al mundo su RITMO revolucionario, prudente, experimental, realista—que no quiere quemar etapas— (ritmo difícil de imponer cuando un pueblo irrumpe de pronto al gozo pleno de sus derechos y libertades) y que ha impedido, no sin luchas, que prevalezcan los

extremos y se provoque el choque anárquico de la impaciencia de la izquierda con la obstinación de la derecha.

Citando al periódico "Unitá" del Partido Comunista Italiano, un escritor de extrema izquierda portugués ha declarado que no basta el poder, que no basta la mayoría del 51 por ciento, que una profunda transformación de la sociedad impone una política de alianzas entre la clase obrera y las clases medias, entre los grandes partidos burgueses y los grandes partidos proletarios y una política de compromiso histórico entre las fuerzas comunistas, socialistas y cristianas.

Alvaro Cunha, Secretario General del Partido Comunista portugués, ha alertado a las masas obreras para que frenen sus demandas y sincronicen su proceso de reivindicaciones con las posibilidades de la economía portuguesa. LOS BIENES QUE PRETENDEN ALCANZAR TIENEN, ANTE TODO, QUE EXISTIR. No se puede acelerar locamente un proceso de cambio, provocando la inflación y comprometiendo, por impaciencia a la Revolución misma. En Portugal no existe como en Chile un ejército de generales reaccionarios, pero nunca hay que menospreciar la fuerza de la derecha (y sus apoyos internacionales) y mucho menos darle razones y armas para su reacción.

En otras palabras: la revolución portuguesa del 25 de abril, alertada por los fracasos y obstáculos de las anteriores revoluciones, es decir, experimentando en cabeza ajena, encausa su proceso de cambio señalando escollos y peligros no sólo a la derecha, sino también a la izquierda, —en los extremismos, exclusivismos e impaciencias de sus grupos menos maduros (¿tan proliferantes, por cierto, en América!) y ha seguido hasta el momento, no una vía nueva, sino un ritmo nuevo cuya experiencia y cuyo logro tienen en suspenso al mundo.

Sella aun más la originalidad de esta revolución la designación de su jefe. El prestigio que llevó al General Antonio Spínola al liderazgo de la Revolución fue un libro: "Portugal y su futuro". Que un libro sirva de pedestal para una jefatura de masas indica una sorprendente madurez intelectual en los revolucionarios de la flor. Pero el camino es arduo. La Revolución tiene que afrontar por partida doble los problemas revolucionarios en Portugal y en sus Colonias. Tiene que encontrar fórmulas de liberación —a veces contradictorias, como ya lo advirtió Marx, para el pueblo lusitano y para los pueblos de sus posesiones de ultramar.

El éxito de Portugal puede alentar el necesario proceso de cambio del tercer mundo, después del duro golpe de Chile y mostrar si ya está maduro el diálogo y el acuerdo entre las fuerzas espiritualistas y materialistas, o si una absurda lucha volverá a echar a perder una coyuntura de liberación.